

las dobles ideas religiosas y científicas, recordaría lo mucho que del mar inmenso y de las costas lejanas habría oído hablar á tanto y tanto piloto cual por allí pululaba. Y entre todos descollaría el astrólogo y cosmógrafo Garci-Fernández, quien, por el Padre movido y de Colón encantado, certificaba la probabilidad de topar con las Indias orientales navegando por el mar occidental. ¡Oh! Lo cierto es que mandaron un señor llamado Sebastián Rodríguez, vecino de Lepe, al campo de Santa Fe con epístolas de Juan Pérez á la Reina; que Lepe volvió á los quince días con una orden expresa y apremiante de presentación á la Corte, del fraile; que, muy entusiasmado éste y diligentísimo, emprestó ágil mula de paso al buen labrador Cabezudo, y se partió por trochas y atajos, con riesgo de su vida y de su libertad, al real de Granada; que vió á la Reina el Guardian, recibiendo de sus manos veinte mil maravedís en florines para que los expidiera con Diego Prieto, de Palos Alcalde, á la Rábida, entregándolos por su mano á Colón, quien, provisto de una bestezuela, y decentemente trajeado, estaba ya en ocasión de presentarse á recibir lo conducente al equipo de tres carabelas, destinadas en el ánimo de los Reyes al gloriosísimo viaje.

CAPÍTULO XIV

COLÓN EN EL REAL DE SANTA FE



RA de ver aquel campamento. Para formarse una idea del esplendoroso lujo que lo decoraba, precisa ver los frescos de aquel tiempo, los cartones de Paulo Ucello reproducidos por Felipe II en El Escorial; ó los cuadros de Van-Eyck, quien arribó hasta Granada en sus viajes; ó las grandes figuras de la sacristía de Siena, dejadas allí por el pincel de Pinturricchio. Los brocados vestidos por damas y caballeros; los tisúes de oro y plata, que no podía un puñal atravesar; las áureas bordaduras de artísticos reales; los plumajes traídos entonces por las expediciones lusitanas del Asia y del África; las gasas orientales que servían á los bellos rostros como las sombras á las estrellas; el copioso encuentro de perlas en los mares y esmeraldas en los montes por aquellas recién invenidas comarcas; el artístico gusto resucitado por pin-

tores y escultores del seno de Grecia y traído al seno de Italia para irradiarse por Europa; estas ventajas de la civilización moderna, que se iniciaban entonces, veíanse reunidas en el real de Granada como en ninguna otra parte, gracias al esplendor mágico de nuestra hermosa patria. Imaginaos las tiendas innumerables de brocados riquísimos, donde pendían los tapices de Arras con sus realizadas figuras; las alfombras de Persia, que valían un imperio; las mesas talladas con todas las guirnaldas del deslumbrador Renacimiento; los platos áureos repujados en Florencia; los vasos de cristal de roca puestos sobre pies de oro, lloviznados todos ellos con rocío de rubíes; las armaduras embutidas con toda suerte de metales preciosos; las adargas ricamente grabadas con los blasones de sus respectivos dueños; las lanzas, parecidas á rayos del cielo por lo fulminantes; las espadas con sus empuñaduras de sin igual valor; los tahalíes, sembrados de zafiros y ópalos; todas aquellas maravillas del arte, que parecían á una ensueños fantásticos de poetas y no realidades verdaderas del mundo. ¡Y en medio de tanto lujo, más propio para la molicie que para la guerra, cuánto valor y esfuerzo! Quien hubiese visto, por ejemplo, al Marqués de Cádiz, vestido con su túnica mora de oriental tisú, ornado el pecho de venecianos encajes, pendiente del hombro capa de terciopelo negro bordada de oro, rojas calzas de seda indiana y zapatos de telas acuchilladas y con pedrería, la gorra de cintillo y plumaje á la cabeza, el cinturón de zafiros y esmeraldas al cuerpo, una especie de alfanje al costado y guantes con puños de metales preciosos, no

le creyera ciertamente aquel vencedor en cien combates, que á los cuarenta y cinco años había saltado tantos muros, visto tantos pueblos y fuertes puestos á sus pies y rendidos á su brazo, hecho tantas campañas como los primeros héroes de la historia y como los primeros campeones de la guerra. Y allí, en aquel campamento, sucedíanse á las cenas las danzas, á las danzas los conciertos, á los conciertos los torneos, á los torneos los juegos de cañas y de sortijas, á los juegos los combates. Por fin, Granada tuvo que darse al sitiador, y señaló su entrega para el día 2 de Enero de 1492.

En la víspera de tal acontecimiento, los Reyes tomaron todas las precauciones indispensables para que no pudiese deslustrarse. Los pregoneros del campamento notificaron á voces cómo, al amanecer del día siguiente, debían hallarse las tropas apercebidas á la entrada, con sus mejores aprestos y arreos. También se dieron rigurosas órdenes á fin de que los caballeros y sus pajes y todas las gentes de pro se presentaran revestidos de sus principales galas y ornados con sus más bellas preseas. No rayaba el alba por las altas y empinadas crestas, cuando los clarines confundían sus llamamientos con los píos y arpegios de las vigilantes alondras. El cielo tenía ese azul claro que presentan los horizontes meridionales si pica el frío, haciendo transparentarse al aire. Las nieves de la sierra nunca relumbraron como aquella mañana, con tal esplendor, ni lucieron sus colosales facetas de diamante. Aunque riguroso el invierno, los muchos árboles que no pierden la hoja en la dura estación, como cipreses, olivos,

palmeras, limoneros, laureles, hallábanse realzados con gotas de rocío y bordaduras de escarcha. Nada tan hermoso como aquel amanecer, cuando los primeros rayos de luz rebotaban en las armas y en las armaduras de los cristianos, tendidos por la vega, y hacían resaltar los trajes y los turbantes multicolores de los árabes, agrupados por última vez en sus torres y en sus torreones. ¡Qué contraste, Dios mío, el de las campanas saludando, desde las torres de Santa Fe, al nuevo día, con los muhecines ó muhedanos, por vez última, diciendo en luctuosos acentos, desde los alminares de sus mezquitas, las alabanzas al Dios de los musulimes, cercano á ser proscrito de aquel edén, hecho para placer de los suyos por las manos de las huríes y de los ángeles! Desde Santa Fe podía la vista contemplar aquel maravillosísimo espectáculo, nunca tan hermoso como al salir la ciudad sultana de sus harenes para postrarse ante las aras de los altares católicos. Desde allí, desde el real de Santa Fe, podía verse á la derecha el valle inmenso entre cuyas arboledas y plantíos culebrea el Genil; á la izquierda Sierra Elvira, y, como acercándose á sus lavas frías, el tormentoso Albaicín, coronado con su formidable Alcazaba, y el Darro abriéndose paso entre colinas encantadas y por lecho de granito; al frente los cristales de la Sierra, cuyas faldas, entre azules y rosáceas, entonaba la luz matinal; y más abajo de la Sierra, el Generalife con sus rotondas de porcelana y sus tejas de reverberaciones metálicas entre bosques de mirtos y de adelfas; el cerro más hermoso, el cerro de la Alhambra, poblado de sus innumerables torres, á las cuales han dado

tintes, que llegan del rosa pálido al carmín rojo, los ardores del Mediodía; y, entre tanta belleza, la ciudad como una granada que se hubiese abierto al caer de los edenes del cielo á los abismos del mundo. Ya el sol montaba de su oriente á su cenit cuando el Cardenal Arzobispo de Toledo, Mendoza, llevando á su frente la cruz de plata que debía erguir sobre Granada, como la irguiera sobre cien otros pueblos rescatados á la morisma, encaminábase con dos mil milites de todas armas, equipados brillantemente, á posesionarse de la deseada conquista. Los trajes eclesiásticos de la comitiva, su propia roja púrpura cardenalicia, mezclada con las casullas de sus diáconos, caballeros en los litúrgicos mulos, al frente de un ejército en marcha, contrastarían hoy con todos nuestros sentimientos y todos nuestros gustos, pero no entonces, por tener cada prelado una parte de temporal poder, é ir anejas á sus facultades religiosas ciertas prerrogativas soberanas, sin las cuales no se concebía ninguna dignidad social, ni á la hora de morir y expirar el feudalismo.

Al llegar Mendoza con su hueste á la puente, por donde, sobre los fosos, debía pasar con todos los suyos á la fortaleza, dió de manos á boca con Boabdil, quien salía, seguido por un gran tropel de moros principales. Viéndole, veíase la imagen misma del desaliento. Aunque apuesto y erguido de suyo, la pesadumbre del dolor inmenso le hacía como encorvar las espaldas. Aunque joven, pues apenas alcanzaba treinta años, tenía demacrado y arrugadísimo el rostro, como un viejo, merced á la tensión de su pensamiento en todo el sitio y á los surcos abiertos por

las penas en las noches últimas. Aunque de un color moreno, el insomnio le había vuelto como verdoso, y diluío unas moradas ojeras en torno de aquellos sus negros y profundos ojos, hundidos á la sazón y muertos. Por su negra barba se veían blanquear varios cabellos blancos, y por los tendones rígidos del cuello se notaba el esfuerzo empleado para reprimir y ahogar amargos y violentos suspiros. Los labios se le caían con menosprecio, como á quien, atenaceado por una grande aficción suprema, no le va nada en la vida, ni aguarda nada del mundo. Maldicado por el hado adverso, en ciertos momentos creía cumplir una especie de ministerio divino en la observancia y en el cumplimiento de sus fatales decretos. Mas realmente no podía sobreponerse á su dolor. Así que se imaginaba solo, y creía que nadie le miraba, quedábase rígido é inmóvil como al frío de la muerte. Una languidez, en la que se notaba con el desmayo del espíritu el desmayo del cuerpo, apoderábase de todo su sér, y sin que pudiese impedirlo el empeño y el esfuerzo propios, suspiros hondos y amargos salían de su despedazado pecho. El grupo formado por él y por los suyos junto al Cardenal y su comitiva, tenía todo el color de los grupos orientales. Turbantes de mil colores, acusando la dignidad y estirpe de aquellos que los ceñían; alquiceles de blanquísima lana y marlotas de bordados reales; túnicas al cuerpo ceñidas por tahalíes de pedrería; damasquinadas adargas, embutidas en oro y plata con leyendas koránicas; gualdrapas tunecinas, que relumbraban maravillosamente; arreos vistosísimos y apropiados al color de los caba-

llos; bandas é insignias; todo el esplendor de aquella ciudad refinadísima desplegábase ahora, en el momento mismo de acabar su vida é iniciarse los tristes y últimos funerales debidos á su muerte. El sitio de la escena denominábase Abaul, y sobre aquel sitio campeaban, de un lado airosa mezquita, y de otro lado la torre célebre de los Siete Suelos. Viendo venir el Cardenal de Toledo á los primates granadinos tan humillados, no pudo menos que dirigirles algunas palabras muy discretas y reservadas, pues la misma natural conmiseración á la desgracia podía creerse un rebajamiento infligido al antiguo poder y fortuna. Bajaba Boabdil en busca de los Reyes, cuando encontró al Cardenal; y anheloso indudablemente de romper su pecho y desahogarlo con alguna expansión y alguna confianza, díjole al prelado: «Vais á ocupar esos alcázares, en que nací y en que debiera yo haber muerto. Tomadlos á nombre de los esclarecidos Reyes á quienes Aquél que todo lo puede ha querido entregarlos, parte por los merecimientos suyos, y parte también por los pecados nuestros.» En estas palabras, conservadas por la historia, descúbrese desde luego cómo el fatalismo ismaelita, poderoso para mover al combate y á la guerra, también es poderoso para infligir una conformidad y una resignación á la desgracia, que hace perdurables y casi eternos los estados tristes del alma en los individuos, y los decaimientos y las postraciones en los pueblos.

Un poco más abajo se presentó Boabdil al rey D. Fernando, acompañado por brillante comitiva. Una legión de pajes con sus dalmáticas bordadas de realce le prece-

dían á pie, abriéndole camino en aquella procesión triunfal hacia la cumbre de su gloriosa conquista. Los primeros ricoshombres de Castilla y Aragón, montados en sus corceles de fiesta, y vestidos con sus preseas de gala, circuían al Monarca, llevando tales blasones é insignias, cortes tan lujosas, banderas tan varias, maceros tan blasonados, que parecía el grupo aquel un ejército de verdaderos reyes. Fernando se había vestido su traje regio, y el rojo manto con vueltas de armiño cubría casi el caballo, mientras las coronas innumerables de su casa y familia se notaban prendidas en abreviadas pero relucientes joyas á su espléndida gorra cubierta de plumajes. Boabdil, por lo contrario, vestía de negro, traje conforme con su dignidad y su situación, llevando un capacete de acero damasquinado á la cabeza, con leyendas propias de su rango, y esparcidos por todo el cuerpo aquellos amuletos orientales, cuya eficacia no había visto jamás, pero cuya virtud y fuerza confiaba el cuitado aun después de sus irreparables desgracias. Boabdil quiso apearse al ver á Fernando, y aun sacó el pie de su estribo para bajar y ponerse de hinojos ante quien le había roto y humillado; pero le detuvo un imperioso ademán del Monarca cristiano. Entonces, conturbado el Rey Chico por aquellas muestras de afecto benévolo, pidió con grandísimo encarecimiento besar la Real mano; pero Fernando le dijo cómo se usaban aquellos homenajes de vasallo á señor, pero nunca entre iguales. Acercó entonces Boabdil su caballo al caballo del aragonés, y tendiendo con grandísimo empeño la cabeza, besóle con ardiente ósculo en el derecho

brazo. Cuando ya hubo cumplido este acto de cortesía, que imaginaba impuesto por el vencimiento al vencido, palpóse con presteza el cinto y creció su amarillor al encontrar lo que buscaba, las dos principales llaves de la ciudad mágica, las dos llaves que abrían las dos puertas de aquel paraíso, donde lanzaban el espíritu mahometano y la mahometana cultura sus últimas fulguraciones, su resplandor postrimero. Al entregar las dos llaves, Boabdil debió creer que daba con ellas las mezquitas de su Dios, los sepulcros de sus padres, la honra de su raza, y debió maldecirse á sí mismo por la mala hora en que Hassem lo engendrara y por la mala estrella que presidiera desde los cielos á su nacimiento, designándole para que acabara en sus manos la obra milagrosa de Muza y de Tarik, los restos del Imperio que habían los Abderramanes y los Almanzores impuesto á toda España entre la maravilla y asombro de todo el Universo. Cuando ya se había desprendido Boabdil de sus llaves, después de un vértigo, como si la vida se le acabara y se le fuera, excusó la desgracia suya con los decretos de la Providencia, é imputó al destino aquella irreparable catástrofe. Los tres axiomas del islamismo, que paralizan la más firme voluntad, gastando los resortes motores de la vida humana, ó sean las grandes libertades, los tres flotaban sobre aquel grupo de árabes destinados á hacer entrega solemne de su patria incomparable á los enemigos implacables y eternos. El santón, vestido con túnica de lana blanca, entre cuyos pliegues parecía como una estatua funeraria, rozando el suelo con sus mangas perdidas, y envuelta la cabeza en